

especial para El Norte, edición del 27 de diciembre de 1992

Digamos el requiésca

por el año que va a morir

miguel ángel granados chapa

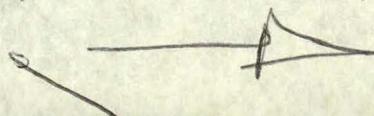
El final de un año obliga a echar la mirada hacia atrás, para examinar lo ocurrido en ese lapso, y hacia adelante, con la intención de escudriñar lo que vendrá. No un simple recuento, o enumeración de lo que haya acontecido, sino también un juicio sobre el destino de las personas. Es que de eso se trata, lo que sucede en la vida pública, materia de nuestra meditación, importa o no según mejore el destino de las personas comunes.

Vivimos en 1992 valores nada desdeñables. Si comparamos la situación mexicana con la que prevalece en otros países semejantes, los sudamericanos por ejemplo, podemos experimentar alivio y aun esperanza. La miseria explosiva de Perú, para colmo preso entre el autoritarismo de un gobernante sin sustento legal y el terrorismo que no cede a pesar de la detención de su principal dirigente, es una realidad lejana de la nuestra. Las diferencias, sin embargo, son de grado, no de especie. Estamos en permanente riesgo de que las deplorables condiciones de vida de la mayor parte de los mexicanos lleguen al punto de lo insoportable, y entonces los más desamparados se conviertan en desesperados. Es grave que el combate a la pobreza, uno de los más publicitados programas, no haya conseguido abatir el número de los mexicanos sujetos a las más agudas carencias. Y es que el rezago es tan antiguo y tan profundo, que aun la creación de las situaciones materiales adecuadas tarda en surtir efectos medibles. Nadie puede dudar cuánto mejora el ámbito de vida de



-2-

una persona disponer de una escuela digna, de un camino que permita el tránsito, de pequeñas obras de agua potable y de letrinas que alejen el peligro de las crueles enfermedades intestinales. Pero eso no basta. Es preciso que las personas tengan el empleo que se transforme en la fuente permanente de su bienestar, sin que sea preciso tenderle la mano por vía asistencial o caritativa. En esa dirección, el país caminó poco en el año que se avecina a su terminación. Sobre todo en el segundo semestre, una recesión (o desaceleración de la economía, como podemos admitir llamarla para no hacer una cuestión de lo más superficial del problema) ha estrechado los ya reducidos márgenes de nuestra estructura productiva. No basta tener empuje y decisión para llevar adelante los negocios. Frente a la falta de liquidez, derivada del achicamiento de los mercados y la lentitud de los pagos, la voluntad más acerda y la imaginación más aguda tienen poco que hacer. Y ni pensar en que el financiamiento bancario acuda a resolver las deficiencias coyunturales. Apenas concluida la reprivatización, con la formación de 18 grupos financieros muy poderosos, no ha permeado hacia el resto de la economía el beneficio de los mecanismos que el sector privado puede hacer más ágiles. Ni se han abatido las tasas activas en grado análogo al de las pasivas. De allí que asistamos a la paradoja, terrible, de que los ahorradores se asustan ante la disminución de sus rentas, mientras que las empresas no pueden todavía acceder a los créditos baratos que estimulen su actividad y desbloqueen los mercados. El Estado, por su parte, abandonó por las razones que se quieran, el papel de principal motor de la economía, y no acaba de ser reemplazado en ese papel por los



particulares, a pesar de que se ensancharon considerablemente los campos de acción de la iniciativa privada.

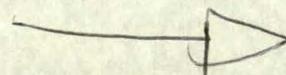
Un país está dejando de ser y el que lo sustituye no ha surgido del todo. Eso nos ha colocado, en 1992, en la peor situación posible, sufriendo los efectos más adversos del ayer y del hoy. Y en esa delicada posición, se ha concertado la mayor iniciativa jamás lanzada para insertar a nuestro país en la economía mundial, el tratado de libre comercio con los Estados Unidos y Canadá. Claro que antes ingresamos en el GATT, que nos hizo verdaderamente ciudadanos del mundo en materia económica. Pero ese mecanismo que se supone derribará las fronteras arancelarias alguna vez, es más virtual que real. La ronda Uruguay, alargada mucho más allá de su duración prevista, es claro indicio de cómo los intereses proteccionistas de los países más preparados para la competencia, son también los más aptos para evitarla en su propio territorio. No se ha alejado el fantasma de una guerra comercial entre Europa y los Estados Unidos, al punto de que la integración europea acaso esté demorándose ante la expectativa de ese enfrentamiento. No es fácil, pues, la integración, y menos aun es una panacea que todo lo cure. Por si fuera poco, llegaremos a ella --empezaremos a adentrarnos en ella-- en uno de los peores momentos de la economía mundial. De manera que el instrumento concebido para mejorar la productividad mexicana puede surgir mellado, y haríamos bien, por lo tanto, en no confiar a él nuestro futuro, en demasía.

Si son preocupantes los resultados de la economía, porque no hemos arribado a un puerto de abrigo y las tempestades son



amenazantes, todavía genera una mayor turbación el balance de la situación política. Economistas que se ufanan de la idoneidad de sus saberes, gobiernan el país y no pocas entidades. Y sus resultados desdicen la vanidad con que ofrecieron las mejoras sustantivas que sólo un breve sector ha visto llegar. Pero ya que su fuerte es la economía y así de magros son sus rendimientos, más deplorable es la inhabilidad con que manejan la política. Sea que la desdeñen, sea que no hayan tenido oportunidad de practicarla por su juventud y sus estancias en el extranjero, sea porque desconozcan a las personas y sus circunstancias, casi todo cuando han resuelto los dirigentes nacionales sobre la vida política ha generado consecuencias adversas para el sistema o para el país. Y no es que nos preocupe la salud del sistema escasamente democrático. Es que si sólo se nos descompone dicho sistema, sin que al mismo tiempo pueda surgir una alternativa, quedamos también en este aspecto en el peor de los mundos posibles.

La fértil vinculación entre el gobierno --y su partido-- con Acción Nacional, decayó a ojos vistas en los meses más recientes. Es que se produjeron retorcidos electorales que ni con la mejor voluntad es posible disimular. El PAN no pudo hacerlo, y debió recordar que la ilegitimidad de origen que atribuyó a la presente administración no ha podido curarse con un ejercicio correcto de la autoridad. Ciertamente que los avances del panismo en Chihuahua y Baja California podrían haber estimulado su buena relación con el gobierno. Gobernar ambos estados, en ambos casos con la condición de partido dominante también en el Congreso local, pudo haber adulterado la visión panista, de igual modo que el



comerciante próspero siente que toda la economía marcha bien. Pero en Durango, en Sinaloa, en Puebla y en Tamaulipas, Acción Nacional se topó con la peor cara del autoritarismo electoral. Y hubiera sido suicida vender la primogenitura por un plato de lentejas. Es decir, hubiera sido un error abominable disimular lo que todo el mundo percibe --las triquiñuelas en los comicios-- a cambio de beneficios parcos y endebles.

Con todo, el fraude electoral ha evolucionado, y es preciso conocer sus nuevos perfiles para evitar el espejismo de suponer que las mejoras formales son suficientes para ingresar en la etapa de verdadera contienda de partidos, que es la deseable por ahora. Aun si se produjera, por algún prodigio, una conducta irreprochable del gobierno y sus partidos en las jornadas electorales, es preciso remover muchas inercitas y factores estructurales que impiden la instauración de la vida democrática. Cosidérese, por ejemplo, el abstencionismo en general y el michoacano y potosino en particular. En San Luis y en Michoacán ha cundido un desaliento entre los ciudadanos (y aun entre cuadros partidarios, que antaño se mostraron fervorosos), a causa de la manipulación enojosa de los procesos electorales. En esas entidades todo el mundo ha tenido algo que sentir de las decisiones del centro, adoptadas no en función de los intereses locales --y a veces sin siquiera tenerlos en cuenta-- sino a partir de visiones foráneas a la realidad vivida por los ciudadanos. El que la gente se retire de las urnas puede provocar satisfacción y alivio en los sectores tradicionalistas del PRI que ven disminuir los márgenes de seguridad a que están habituados en la medida en que la gente se persuade de acudir a



votar. Pero como de todos modos es preciso tomar decisiones sobre el curso de la sociedad, en la ausencia de los ciudadanos unos pocos pueden erigirse en dictadura, y otros, pocos o muchos, pueden escoger caminos de violencia. Nada asegura que la insurgencia armada haya pasado, como está a punto de ocurrir con 1992 "a formar parte entre los muertos", es decir, que sea una forma de acción que pertenezca al pasado y carezca de proyección hacia adelante.

El entrecomillado proced del viejo poema de Aguirre y Fierro que todavía, a pesar de la modernidad, se recuerda en muchas casas en la fiesta del fin del año. El brindis del bohemio, invita a decir el requiés cata por el año que nos dejó amarguras. Pero también es, como los de Darío, un canto de esperanza. Tengámosla como ingrediente indispensable para la vida.

